

**87 VECES SÍ**

**18 AÑOS DESPUÉS  
de la masacre del Diners Club**

## ÍNDICE

1. DINERS CLUB BIENVENIDOS.....	19
2. EL DESQUITE.....	45
3. NUNCA NOS DIJERON QUE NOS IBAN A MATAR.....	61
4. A TODA ESA GENTE HABIA QUE MATARLA.....	115
5. 87 VECES SÍ.....	165
6. SI PUDIERA DEVOLVER LA HISTORIA.....	233
BIBLIOGRAFIA.....	247

## 1. DINERS CLUB BIENVENIDOS

Las del vigilante fueron las últimas fotografías que Julio Cesar Romero tomó esa noche calurosa de diciembre de 1984. Se había iniciado como reportero gráfico en Cali mucho antes de trabajar en el periódico Antorcha, de Venezuela, país donde vivió durante cinco años y de donde había regresado un año atrás, en 1983, en busca de un mejor empleo, el cual sólo pudo conseguir el 14 de marzo de 1984 gracias a un amigo, Roger Ríos Duque, el jefe de redacción del Diario Occidente\*, quien decidió contratarlo.

Aunque nunca había sido destacado en su profesión, apenas distinguido por los veteranos de la reportería como el joven que ya había dejado de ser un 'rookie' en el oficio, su permanencia en el exterior lo había hecho menos notorio entre el círculo de colegas de la comarca, más anónimo dentro del anonimato característico de quienes hacen periodismo de periódico.

Ni Cali ni sus gentes habían cambiado mucho desde su partida. El calor seco, propio del Valle en el que se encuentra asentada la ciudad, y en el que las colinas bloquean el paso del viento húmedo proveniente del mar Pacífico, seguía siendo igual de asfixiante con temperaturas diarias de hasta treinta y dos grados centígrados.

Sin embargo, en el centro de la ciudad, en plena Plaza de Cayzedo, la principal plaza del Municipio, el calor no era impedimento para que cientos de vendedores se lanzaran a la calle con sus vetustos maletines a ofrecer cuan-tas chucherías les cupieran sobre un pedazo de tela o de plástico roídos (de hasta dos metros cuadrados o más), con los que constantemente los transeuntes tropezaban por más que intentaran evitarlos. Era, sin duda, una imagen pesebrera, cual mercado persa pudiera parecer.

Mendigos, vendedores de loterías, lustradores de zapatos, cuenteros y ar-tesanos conformaban una mixtura variada e irreconocible en una ciudad que en ese entonces empezaba a colmarse por los desplazados que dejaba la violencia guerrillera en los montes colombianos, y donde las silbatinas. los gritos de los revendedores y los pitos de los carros le daban forma a una Cali segmentada y dividida que hoy ni tan siquiera es capaz de reconocer-se así misma.

Pero la germinación de esos años 80 también fue el preludio de los 'duros. en Cali, de los narcotraficantes que durante años mantuvieron a la ciudad soportada sobre una economía falsa que rápidamente se derrumbó y de la cual aún hoy le cuesta levantarse, una época en que la empresa cocainera de los hermanos Rodríguez Orejuela empezaba a alucinar con los millones de dólares derivados de las alucinaciones endémicas de los gringos y euro-peos consumidores.

Aunque llegó a rumorarse por largo tiempo que miles de personas en la ciudad, desde el más humilde lustrador de la plaza hasta los más altos ejecutivos de empresas de la región, habían contraído deudas con el cartel o recibido 'favores' de los hermanos Rodríguez Orejuela (dada su popularidad) o de los miembros de su organización, pocas parecieron darse cuenta que sobre sus cabezas reposaba una pendenciera espada de Damocles a punto de zafarse de su atadura.

Muchos en el exilio, otros con sus familiares desaparecidos, y varios más con sus cuerpos baleados padecieron el espadazo que terminó por dar crédito a los rumores. Para los más afortunados, al soltarse

de sus amarres, la espada sólo alcanzó a cortar sus aspiraciones de dinero fácil y vida desbordada en opulencia y derroche con mujeres... Una cortada que en medio de la pobreza, para cientos de quienes la sufrieron, aún no quiere cicatrizar.

Sin embargo, no todos en Cali estaban relacionados con los hermanos Rodríguez. Imposible sería que del millón 600.00 habitantes que la ciudad tenía en aquel entonces todos les siguieran los pasos. Aunque muchos atestiguaron con sus cuerpos tiroteados que en verdad tenían parte en el car-tel, muchos otros eran los que por sus propios medios y por la vía de lo legal se buscaban la forma de sobrevivir, haciendo gala, para ello, de la astucia y la sagacidad a las que los colombianos les han sabido llamar malicia indígena.

La misma malicia que le sirvió a Romero en su paso por Venezuela y que parece brotarle por los poros cuando de lograr una fotografía judicial se trata, porque ese es el campo en el que más se ha movido desde su regreso al país.

Romero es un indio malicioso en su oficio, de uno con setenta y tres de estatura, trigüeño, de espeso bigote, cejas gruesas a modo de pantallas contra el sol y ojos pequeños que apenas si logran distinguirse por el efecto cóncavo de su gafas ovaladas y de delgado marco. Juega con su figura, se describe como un mechudo "inconfundible" para quien no lo conoce, pero en realidad es calvo.

Acostumbra a revisar bien la escena del crimen con su cámara y a dialogar con sus colegas antes de hacer si quiera la primera foto. Pasea entre la gente con su chaleco beige con el rótulo de Prensa en la espalda, abierto al frente por una cremallera que poco le gusta ajustar, con uno de los doce bolsillos-hinchado por las baterías alcalinas para el flash y otro igual de tumultoso con cinco cajitas verdes de película Fujifilm de 36 exposiciones. Toma distancia, compone su fotografía mentalmente en cuestión de segundos, y cuando está listo ¡Flash!, dispara el obturador en un ejercicio metódico, hecho a pulso con el tiempo y madurado junto con el olfato periodístico (o «sexto sentido», como prefiere llamarlo), el mismo que esa calurosa noche del 3 de diciembre de 1984 lo llevó como entre el agitado jarillón de un río hasta la desembocadura de un crimen sórdido y confuso, el mismo que terminó dándole un vuelco a su opaco historial profesional.

«Llevaba nueve meses trabajando en el Diario Occidente y esa noche estaba por terminar mi turno de queda. Había iniciado a las seis de la tarde haciendo fotografías de eventos sociales y terminé como a las once de la noche, revelé los rollos y como tenía que marcar las fotos de los actos me dediqué a poner los nombres en máquina de escribir", dice Romero, a quien esa noche el hedor de la tinta de la rotativa, que funcionaba en el sótano del Diario y que corría vaporoso por todo el edificio, se le había impregnado a su ropa sofocándolo aún más de lo que lo había hecho el propio calor de la tarde, por lo que decidió sacarse el chaleco.

Era propio ese ambiente, pero pocos podían acostumbrarse a los olores de la rotativa, a la cual se llegaba desde la sala de redacción luego de bajar por unas apretujadas escaleras en forma de caracol, hechas en aluminio, y de atravesar una angosta puerta con el marco y la cerradura entintadas de negro por los dedos mugrosos de los operarios. Aquel lugar se le asemejaba a Romero a los cuartos de máquinas de los alcatraces de las posguerra donados al gobierno colombiano, los mismos que alguna vez había visitado para fotografiar antes de irse a Venezuela. Era grasoso, caliente, incómodo para los ojos acostumbrados a la luz del sol vallecaucano; era, en últimas, una caldera perfecta en la que Caronte bien podría haber arribado su barca para depositar las almas en pena y freírlas si así le provocaba.

Todo el día se podía percibir el olor a tinta que producía esa mole de hierro, con cuatro torres de rojo escarlata y severas peladuras que parecían como mostrarle las tripas a quien se acercara a menos de diez metros. Antes del anoecer era encendida y alimentada con pesados rollos de papel, los mismos que alguna vez acabaron con la vida de un operario cuando se des-prendieron de la gruesa cadena de acero templado que los sujetaba y cayeron sobre la humanidad del desgraciado.

Sin algo por hacer, nada más que esperar, Romero decidió alejarse de las pestilencias de esa máquina por un par de minutos. Faltaba aún tiempo para que lo recogieran y lo llevaran hasta su casa a descansar, en una buseta que le ponía a disposición el propio Diario. Atravesó la ya vacía sala de redacción en el segundo piso y bajó por unas empinadas y bulliciosas escaleras de madera hasta llegar a un cuartico que servía de portería, justo al lado de la entrada al edificio, donde atravesó una pequeña portezuela que le daba a la cintura, y como pudo dio un par de zancadas con sus pequeñas piernas que lo llevaron a encontrarse rápidamente con el andén.

El aire allí afuera estaba fresco, inoloro, el hedor se había quedado atrás cuando la puerta principal, de grueso vidrio y marco de aluminio pulimentado, se había cerrado a sus espaldas. Pero el ambiente estaba enrarecido. Un extraño e inusual alboroto le había interrumpido tomar gozoso una bocanada de ese aire que hasta entonces le era ajeno.

"Vi algunos carros de la Policía y luego un carro de bomberos que se estacionaron diagonal al Edificio Otero, donde estaba prohibido parquear-. Habían atravesado la Calle Doce (una angosta callejuela que en aquel entonces era vehicular) y rápidamente se habían escabullido en la oscuridad para frenar más adelante de lo que Romero alcanzaba a distinguir.

Impulsado por su «sexto sentido» empujó la pesada puerta de Occidente y dejó que el olor a tinta le abofeteara una vez más, subió a la carrera hasta la redacción y abrió un gabinete del que sacó su cámara y su flash, salió de nuevo a la calle y corrió hasta atravesar la Doce, que a esa hora estaba tan vacía como una escuela en vacaciones y a medio iluminar por la tenue luz naranja que desde los faroles de la Plaza de Cayzedo alcanzaba a tapizar el pavimento.

Caminó rápidamente hasta desembocar en un extremo de la calle y dobló la esquina encontrándose de frente el Edificio Otero, una construcción de tres pisos terminada en 1924 y declarada Monumento Nacional en el gobierno de Alfonso López Michelsen.

Romero aceleró más el paso y entonces intuyó que algo desafortunado había ocurrido allí. A lo lejos sacaban a toda prisa lo que parecían ser unos heridos, pero antes de él llegar unos carros arrancaban con éstos sin darle oportunidad siquiera de cargar su cámara.

Aún le faltaban unos 30 metros para llegar hasta el portal donde se encontraba la Policía, pero sus cortas piernas no le permitieron ir más rápido, atravesó entonces la Carrera Quinta, otra delgada callejuela donde la Doce conoce su fin, y pisó el angosto andén que acompaña la imponente fachada del Edificio Otero, desde el que puede verse en una de las esquinas una bonita cúpula de cemento de forma romboidal que le permite a la construcción acomodarse a la traza colonial del centro de la ciudad.

La que entonces era una tranquila y pacífica calle se veía enrojecida por las luces de las ambulancias y los carros de bomberos que rebotaban en los ventanales del Otero y en sus paredes, sobre una de las cuales un grafiti hecho con aerosol negro alcanzaba a distinguirse intermitente sobre el fondo gris que por años había caracterizado a la clásica construcción en su parte inferior, mientras en la superior el

blanco purificaba unos mascarones que, a manera de dioses omnipresentes, se repetían caprichosamente en cada uno de los durmientes de los alargados y angostos ventanales.

Romero siguió apresurado, con su corazón corriendo más rápido que sus piernas, y sólo se detuvo hasta que estuvo frente al número 12-39 del Otero, un amplio portal ornamentado de la primera mitad del Siglo XX con dos cabezonas lámparas a cada lado de la puerta, bajo las cuales yacían incrustados en metal los logos de la entidad crediticia que allí funcionaba. Más arriba del portal, justo encima de un ventanal en forma de semicírculo, Romero leyó: Diners Club, y un par de metros más arriba contempló un mascarón que le devolvía la mirada como testigo mudo de lo que allí ocurrió.

Se sintió lejano, ajeno a aquel edificio que alguna vez sirvió como hotel y cuya arquitectura ecléctica de concreto, con vanos verticales, columnas, losas y una docena de ventanas vidriadas del repertorio de la Europa renacentista del Siglo XVI, le había cedido el paso a un grupo de entidades bancarias que sólo a principios de la década de los 80 habían decidido trasladar sus oficinas hasta allí.

El Otero albergaba a otras dos entidades. En su esquina más ancha, que da a la Plaza de Cayzedo, funcionaban las oficinas del Banco Granahorrar, hacia el centro estaba una sucursal de Pronta (una agencia de seguridad), y en-seguida de ella, rematando el edificio, se encontraban las dependencias del Diners.

Dos angostos pero altos escalones permitían el acceso a la entidad financiera y en el suelo, después de atravesar la puerta de delgados barrotes de hierro y vidrieras ajustadas, se encontraba un tape-te gris con la inscripción: `Diners Club, bienvenidos!'. Un poco más al fondo unas cortas y empinadas escaleras con pasamanos de cemento conducían hasta un mezzanine, que servía de preludeo a un juego de escaleras, este sí bastante largo y enmarañado, que llevaba finalmente hasta el segundo piso, donde funcionaba la Gerencia.

Una trifulca de bomberos que cargaba con el cuerpo de un herido hizo reincorporar rápidamente a Romero, pero la velocidad con que lo trasladaron a la ambulancia le impidió tomarle una fotografía. Aprovechó entonces el alboroto, pasó por entre los pocos policías que a esa hora habían llegado, y logró entrar al edificio haciendo crujir con las suelas de sus zapatos los restos de una vidriera rota que había sido forzada, cerca del puesto de los guardias, desde donde se formaba un camino de goterones de sangre que se perdía en el fondo, junto a los cuerpos de dos mujeres tendidas boca abajo en el piso, a unos quince metros de donde él se encontraba.

Pasó cerca del mueble de fórmica que servía de gabinete y recepción a los guardias, a quienes no vio por ninguna parte, y siguió hacia el Departamento de Giros y Cobranzas por un corredor de unos tres metros de ancho por siete de largo, frente a un ascensor que impedía la visión completa hasta el fondo del edificio y donde estaban los cuerpos de aquellas dos mujeres junto a un par de columnas de concreto.

Unas lamparitas circulares de luz alógena habían sido encendidas por los policías dándole un aspecto gélido al lugar. Romero se acercó hasta las mujeres con la cámara a la altura del pecho, revisó la aguja del exposímetro, graduó el diafragma para no cegar la lente con el flash, y disparó el obturador sobre sus cuerpos, cuyos rostros nadaban en sangre.

Una de ellas, aproximadamente de 23 años de edad, tenía un vestido rosa-do con puntos rojos y blancos y unos zapatos de tacón que parecían aún más inmaculados con el golpe metálico que despedía cada flash de Romero. Sus manos estaban atadas en la parte de atrás con un cordel.

La otra joven, sobre el mismo pasillo pero medio metro más adelante que aquella, tenía el cabello alborotado tapándole la cara. Sus manos estaban sin amarrar y reposaban sobre el suelo, limpias de sangre. Debajo de una de sus medias veladas se distinguía un dije con la figura de la Virgen del Carmen, el cual alcanzaba a cubrir su pantalón azul, que aquel día había decidido combinar con una blusa blanca de mangas cortas y unos zapatos de tacón color café.

“Los policías empezaron a hablar por sus radios y a decir: 'Hay varios 901'. Seguí tomando fotos casi que 'a la loca', lo que veía lo retrataba». A pesar de que ya había cubierto información judicial, el hecho le causó estupor.

Caminó más hacia el fondo y se inclinó sobre un mueble de concreto que de pared a pared servía de atención al público, sobre el cual reposaban un par de cajas registradoras, y desde allí pudo ver los cuerpos de otras dos mu-jeres tendidos también boca abajo, cerca de sus escritorios y de una caja fuerte que colindaba con un estrecho barío cuyo piso y guardaescobas estaban empapados de sangre.

Una de las jóvenes presentaba tres perforaciones en la espalda que desgarraban su blusa, como si algo le hubiera brotado de los pulmones. Era una ilusión visualmente macabra, pero a pesar de lo salvaje de su muerte aún se veía bien vestida. Su blusa apenas si se había salido un poco de la falda negra que la sujetaba.

La otra joven, mientras tanto, yacía cerca de una silla de rodachines que sombreaba su rostro haciendo trabajoso fotografiarlo, siquiera reconocer-lo. Estaba boca abajo, su brazo izquierdo descansaba sobre su espalda mientras el derecho, tendido en el suelo y separado de su tronco, desviaba un surco de sangre hasta la orilla del recibidor.

Las del vigilante fueron las últimas fotos que Julio César Romero tomó esa noche calurosa de diciembre. "Lo recuerdo bien porque estaba en el des-canso de las gradas hacia el segundo piso, estaba atravesado y todavía le brotaba sangre", disparó su flash y caminó apresuradamente hacia la puerta hasta cuando oyó un grito de un policía quien le interumpió para preguntarle si era del DAS.\*

Volteó para mirarlo y, acosado más por salir de allí con su película intacta que por seguir escudriñando, sólo atinó a responderle: "Sí, pero ya me voy", evitando, de paso, que su cámara le fuera confiscada.

Cuando estuvo afuera del Otero intentó tomar una bocanada de aire, la que no había podido disfrutar antes de coger su cámara para caminar has-ta el macabro escenario, pero esta vez tampoco pudo. La lengua se le había vuelto bola y en su garganta se había formado un nudo, un taco producto de lo que en ese edificio había visto.

"Inmediatamente bajé el material de la cámara y me fui a revelar. Ya el periódico se estaba imprimiendo, entonces le dije al editor nocturno (Jaime Eduardo Ospina), casi arrodillándome, que parara la rotativa y que metiera las fotos en la edición que saldría en la mañana siguiente. Me dijo que le dejara ver una foto, pero yo le dije que una foto no, que metiéramos todas porque la noticia ameritaba mayor despliegue, pero él se paró en la raya y sólo metió una foto a dos columnas». Aún así, Occidente duplicó sus ventas durante los siguientes tres días. De un tiraje de 40.000 ejemplares pasó a 70.000.

Manuel Barrantes, un reportero judicial compañero de trabajo de Romero también se encontraba cerca del Edificio Otero. Había decidido ir a jugar billar y tomar cerveza con otro reportero judicial del Grupo

Radial Colombiano, Álvaro Miguel Mina, un joven que por ese entonces apenas iniciaba como redactor de crónica roja y quien hoy desempeña el mismo oficio en los noticieros radiales de la cadena Caracol, en Cali.

Cuando salían del lugar observaron el movimiento de ambulancias y carros oficiales en el Edificio Otero, se acercaron y preguntaron por lo sucedido a unos oficiales.

Luego, cada quien tomó su camino. Barrantes corrió hasta el Diario Occidente y Mina hasta la Calle Séptima con Carrera Catorce, un tanto alejado de la Plaza de Cayzedo, donde quedaba el Grupo Radial, y lanzó un avance informativo. Bastó poco tiempo para que el extra creciera como plaga por las otras emisoras y medios de la ciudad, y ya entre las dos y tres de la mañana la radio había interrumpido su programación habitual para dedicarle toda la emisión a lo que los propios reporteros se empeñaron en llamar: "La masacre del Diners Club".

Alas 12 y 20 minutos de la madrugada del 4 de diciembre una llamada del Fondo de Seguridad dio un parte al personal de la Estación primera de Policía sobre el levantamiento de varios cadáveres en las oficinas del Diners Club.

La comisaría primera de Policía Municipal, turno primero, Inés Borrero Miranda, junto con su secretaria, Magdalena Angulo Vergara, llegó al Edificio Otero poco antes de las dos de la mañana, y se alistó a practicar la diligencia de inspección de los cadáveres, los cuales, según le habían comunicado telefónicamente, evidenciaban contusiones, heridas y otros signos externos de extrema violencia.

Al pisar la entrada del Otero algunas de las esquirlas de la vidriera rota se le enterraron en las suelas, produciendo unos chasquidos monocordes con el taconeo, mientras un fino polvillo iba saliendo de las baldosas que rayaba al caminar. Tras declararse en audiencia pública, la funcionaria se acercó al cuerpo de una de las mujeres tendido detrás del recibidor, y pensó, aturdida por la sórdida imagen, que quien o quienes hubieran sido los homicidas se habían ensañado contra esa joven de entre 20 y 25 años de edad que desviaba con su brazo un espeso surco de sangre.

Borrero giró el cuerpo para analizarlo y al esculcarlo encontró la identificación. La joven respondía al nombre de Gloria Eva Blanco Franco, medía un metro con setenta y cinco, era de tez blanca, tenía una falda café, una blusa blanca y zapatos de tacón color marrón, pero en esa instancia Borrero no pudo reconocer con qué tipo de arma fue ultimada.

Procedió a tocar más detenidamente el cuerpo y entonces le pareció macizo. un tipo de contextura un tanto fuerte que mostraba los restos de una mujer medianamente atlética y acuerpada, lo que la hacía ver un poco mayor de lo que ella había aproximado. La revisó minuciosamente pero no encontró más signos externos, hizo consignar que se encontraba en medio de un charco de sangre y caminó hasta el otro cadáver que se encontraba enseguida. sobre el cual lloraba una mujer que Borrero no supo cómo había logrado enterarse de lo sucedido a esas horas de la noche, y mucho menos cómo había logrado entrar allí. La observó lastimera por un rato, parecía como si a esa mujer le saltaran lagartijas debajo de la blusa por los nervios que tenía, espero unos minutos más y entonces le preguntó por el nombre de la joven.

«Marta Liliana Iglesias», asintió la mujer, quien en medio del llanto dejó escapar una sentencia que nadie pudo pasar inadvertida en ese momento: "Yo le había dicho a mi hija... le dije que no se metiera en eso, se lo advertí..." Sin embargo, y sin saber por qué, nadie la detuvo para pedirle una explicación, y un hombre que iba con ella la condujo apresuradamente hacia la salida del edificio, sin que nadie les

cortara su paso. ¿Sabía algo esa mujer que pudiera responder lo que allí había sucedido?

Cuando Borrero encontró la cédula corroboró el nombre de la joven, y aunque ésta atestiguaba que se trataba de una mujer, en la foto del documento parecía un chico de nariz gruesa y unas fuertes comisuras en su boca. Ojos grandes y ovalados que lo parecían más aún por las arqueadas y gruesas cejas que se confundían con su pelo negro y que le llegaba hasta los hombros, donde un enorme cuello de una camisa a cuadros le delineaba una espalda amplia para tan fino rostro.

El cadáver estaba metido de bruces bajo del respaldo de una silla giratoria de rodachines cromados, hasta donde la sangre había corrido para encharcarse unos pasos más adentro en el recibidor. Tenía puesta una blusa azul, falda café con rayas azules, zapatos de tacón color negro y rondaba los 26 años de edad. Presentaba un impacto de bala en el parietal izquierdo con un orificio de salida en el parietal derecho.

Borrero giró el cuerpo y pudo ver en su ojo derecho un moretón, un gran hematoma que bien podría haberlo producido un puñetazo o el tatuaje de una bala disparada a corta distancia, y sobre su mentón, ya casi suelto, habían atado un pañuelo en forma de mordaza.

La agobiante y penosa inspección sólo terminó para Borrero hasta bien entrada la madrugada. Había trabajado como comisaria desde hacía tiempo, pero nunca había visto nada igual. Se sintió extraña. Como enferma con la sangre que por fuerza mayor a veces tenía que pisar, se reincorporó y se aprestó a continuar con el levantamiento de otro cuerpo, el de un hombre de con-textura gruesa que estaba boca abajo, atravesado en el pequeño baño del primer piso, al lado de la caja de Giros y Cobranzas.

Era trigueño, de un metro con sesenta y ocho de estatura aproximadamente y de unos 43 años de edad, vestido con pantalón azul, camisa blanca, medias azules, zapatos negros y con un orificio en la frente, por donde habría salido la bala que les destrozó el cráneo.

El cuerpo era el del supervisor de la empresa de vigilancia Wackenhut de Colombia, encargada del cuidado de las oficinas del Diners Club, y respondía al nombre de Jorge Túquerres Erazo. Cuando Borrero le revisó el bolsillo trasero encontró en él una billetera con el carné de la empresa, un carné de la Administración Postal Nacional (Adpostal), su pase de conducción, la libreta militar, un carné más que lo acreditaba como ex agente de la Policía, una cadena de fantasía, una argolla de matrimonio, un Buda pequeño, varias fotografías de su familia, una boleta de empeño de la Compraventa La Guitarra con el número 10361, y 500 pesos con el número de serie 93894408.

Tras dejar el cuerpo del baño, Borrero se dirigió hacia el de una mujer que, cerca de una columna de concreto, habría sido la primera de las occisas que Romero fotografió al entrar al edificio. La joven se llamaba Rossina Sanclemente Lozano, de aproximadamente 23 años de edad, trigueña, de pelo corto, negro y rizado, también ultimada boca abajo y con las manos atadas a la espalda por un cordel blanco de nylon.

Algo en su rostro le pareció amargamente expresivo a Borrero: falleció con la boca entre-abierta y la cabeza girada hacia la derecha, como queriendo dar un grito que alguien había ahogado de tajo con un tiro en la parte posterior de el cráneo y, al igual que Marta Liliana Iglesias, presentaba un amoratamiento en el ojo derecho y otro más en la boca.

Borrero observó que en su mano izquierda tenía un llavero del que pendían cinco llaves, un collar violeta del que algunas de sus pepas nadaban en sangre y un par de zarcillos de oro en sus orejas.

Muy cerca al cuerpo estaba el de otra mujer de unos 22 años, de pelo largo y ondulado y quien aún conservaba sus anillos, los aretes de oro y una pulsera de fantasía. De todas quienes allí quedaron era la de menor estatura, un metro con cincuenta, según pudo corroborar Borrero. La joven tenía un impacto de bala en la parte posterior del cráneo, al lado izquierdo y sin orificio de salida, que salpicó escandalosamente la blusa blanca de mangas cortas que llevaba puesta aquel día.

La caja fuerte estaba abierta y fuera de ella, a escasos centímetros, los funcionarios hallaron varios cheques girados y dos cajas metálicas, una de las cuales había sido abierta a la fuerza. En su interior había dólares de diferentes denominaciones, 40.200 pesos en efectivo, varias emisiones del Sorteo Extraordinario de Navidad de 1984 y una cajita más pequeña de madera, forrada, y con varias monedas en su interior.

“... Se deja constancia que en presencia del oficial de guarnición de la fecha y hora y con su ayuda se sellaron con cinta autoadhesiva un sobre de manila, en el cual va el contenido de los 40.200 pesos y de los sobres que contienen los respectivos dólares. Así mismo, la caja de madera, como también la caja pequeña metálica de la cual se des-conoce su contenido ya que estaba cerrada con llave y un fajo en cantidad indeterminada de billetes de lotería del Sorteo Extraordinario de Navidad de 1984”, dijo Borrero a su secretaria.

Elizabeth Salazar Alzate, Rossina Sanclemente Lozano, Gloria Eva Blanco Franco, Marta Liliana Iglesias y Jorge Túquerres Erazo, fueron las cinco personas asesinadas a las cuales Borrero practicó la diligencia de levantamiento, luego firmó las actas de levantamiento, cinco hojas tamaño oficio con siete puntos donde hizo las respectivas anotaciones forenses, y autorizó al Notario Noveno del Círculo de Cali para que registrara los fallecimientos.

Sin embargo, la lista no terminaba ahí. Tres cuerpos más fueron encontrados al interior del Otero por el comisario de la Policía Municipal Alonso Rodríguez Valencia, quien había llegado a la una y media de la mañana, media hora antes que Borrero, en compañía de su secretaria, Aydee de Basto. Ambos subieron al segundo piso, hasta la sala de espera de Gerencia y allí encontraron, tendido sobre una alfombra color mostaza y boca arriba, el cuerpo sin vida de un hombre de tez trigueña vestido con un uniforme azul turquí de la agencia de seguridad Wackenhut de Colombia. A unos dos metros de donde se encontraba el cuerpo había sido dejado un par de zapatos negros, casi limpios de la sangre que por entre el tupido pelaje de la alfombra se había logrado colar tiñendo cada una de las fibras.

Valencia se acercó hasta el cuerpo, sacó un flexómetro del bolsillo derecho de su casaca blanca y midió al hombre de pies a cabeza con ayuda de Aydee. Su estatura era de un metro con sesenta y seis. Luego revisó el bolsillo izquierdo del uniforme, de donde sacó una peineta blanca, 1.500 pesos en efectivo y tres billetes más de 200 pesos totalmente ensangrentados. Al igual que las otras víctimas no había sido depojado de nada, y aún conservaba en la muñeca derecha un reloj marca Grand Prix Quartz, con tablero de color negro y pulso de plástico.

Valencia hizo colocar sellos en las posibles entradas al segundo piso, incluyendo oficinas, puertas y ventanas, y encargó a los agentes Luis Alfredo Galvis Cadena y Marco Tulio Gómez Pipicano, de placas 69248 y 71436 respectivamente, de la seguridad del lugar.

Luego, Valencia caminó hasta un pequeño cuarto de archivo al costado occidental del edificio, a unos quince metros del ascensor. Cuando llegó a él le olió a papel nuevo, había aprendido a reconocerlo de tiempo atrás por-que también en su despacho acostumbraba a guardar grandes cantidades para los

oficios.

El angosto cuarto parecía aún más pequeño por las estanterías de metal corrugado de medio metro de ancho que tapizaban cada una de las pare-des y una docena de cajas que se encontraban apiladas en el piso. Una de ellas había empezado a humedecerse con la sangre de una mujer que yacía también, al igual que el cuerpo del hombre, boca arriba. El comisario se contrajo y cerró los ojos escandalizado, pero la luz de una bombilla enrojeció sus párpados, prefirió entonces abrirlos y se acercó a ella para examinarla.

El cuerpo era también el de una joven. Tenía macabramente dispuestas sobre sus ojos unas gafas de carey, la falda levantada hasta la mitad de los muslos y su brazo izquierdo apretujado entre la espalda y el piso. Llevaba puesto un cinturón de color blanco con hebilla plateada en forma de aros, medias veladas y zapatos de tacón.

Valencia le desabotonó la blusa para mirarle las heridas bajo el brasier habano y empezó a contarlas mentalmente, luego giró levemente su cabeza sobre su hombro derecho y le dijo a Aydee, quien se había apilado bajo el marco de la puerta: «Escribe... Presenta 24 heridas en forma de ojal, al parecer producidas por arma blanca a la altura del pecho, el tórax y alrededor del seno izquierdo. Otra herida en la misma for-ma de ojal producida, también al parecer, por arma blanca a la altura del cuello en el lado izquierdo. El pelo del cadáver es negro y lacio, de tez trigueña y su estatura es de... »

Sacó una vez más el flexómetro y lo estiró lo suficiente como para no pedirle ayuda a Aydee, lo tendió sobre el piso chocando la láminilla contra una de las estanterías evitando que se arqueara y cuando la pudo tener quieta terminó la idea: «Mide uno con sesenta y nueve», ordenó dejar selladas las puertas y ventanas del segundo piso y miró su reloj, que marcaba la dos y cuarto de la mañana.

Bajó entonces las gradas hasta el messanine, que atravesó con rapidez, y tomó las escaleras que conducen hasta el primer piso sin tocar el pasamanos, pese a calzar unos estrechos guantes de latex que le hacían sudar las yemas de los dedos y le calentaban la palma de las manos. Pasó cerca del ascensor, frente a una matera plástica debajo de las escaleras que llevan al messanine, y sólo hasta entonces pudo ver a Inés Borrero, con quien intercambió unas cuantas palabras antes de caminar hasta el cadáver de otra mujer vestida de habano, tendida boca abajo a cinco metros de la caja de Socios y de Establecimientos.

Como si fuera una oración que había aprendido de memoria, Valencia describió la estatura, la tez de la joven, el color del cabello y la forma en que iba vestida a su secretaria: "...Cinturón del mismo color que el vestido, zapatos cafés y topes en sus orejas en forma de bolas pequeñas, al parecer de oro".

Un llavero que estaba al lado izquierdo de los pies de la mujer llamó su atención, tenía un letrero en bajo relieve con las inscripciones NC 8163 Colombia y portaba cuatro llaves, cerca a él estaba también una tabla de anotaciones.

"Esas llaves y esa tabla son de Erazo", apuntó un mayor retirado de la Policía y entonces re-presentante legal de la compañía Wackenhut de Colombia, Héctor Anibal Ruíz, quien entró al edificio una vez conoció del hecho y quien estuvo presente durante toda la diligencia has-ta bien entrada la mañana. Valencia recogió el llavero y arrastró la tabla con las yemas de los dedos meticulosamente hasta que pudo cogerla fuertemente. Miró bien el par de objetos y se los entregó a Ruíz ahí mismo, sólo cuando estuvo seguro que no comprometían prueba alguna, y siguió examinando a la mujer.

La volteó, pero no logró reconocer en su cuerpo ningún corte de tajo como los que había visto por encima de la ropa de los otros occisos y entonces le desabrochó la blusa para verla mejor, sin embargo, tampoco encontró alguna seña que explicara por qué su brasier estaba empapado de sangre. La giró una vez más dejándola boca abajo y palpó el lado izquierdo de su cabeza por entre el pelo humedecido, entonces encontró un orificio, un impacto producido por un arma de fuego.

'Notifique que presenta impacto con arma de fuego en el occipital izquierdo... Sin orificio de salida- precisó a Aydee y sugirió, así como con los otros cuerpos, que se le practicara una necropsia. Estaba cansado, con la planta del pie derecho resentida de tanto permanecer de cuclillas y con la otra pierna casi entumecida.

cuando se levantó sus coyunturas produjeron fuerte chasquido, un ruido tan similar al que produce un lápiz cuando se parte, que algunos de quienes allí estaban no pudieron pasarle por alto. Arqueó su espalda hacia atrás como tratando de librarse del cansancio y bruscamente estiró el dedo corazón de su mano izquierda para safarse el guante de látex con la otra, cuando pudo halarlo lo suficiente para despegarlo de su muñeca, donde el sudor lo había detenido, una nube de talco saltó confundiendo con su casaca blanca. Miró hacia el recibidor de concreto al fondo del edificio y vio a su colega Inés Borrero ocupada aún con la diligencia de levantamiento, prefirió entonces no interrumpirla y caminó hasta el portal ornamentado del Otero junto con su secretaria.

Más tarde, a las cinco y media de la mañana en el Hospital de San Juan de Dios, el hermano de una de las jóvenes asesinadas, Ligia Inés Correa Vives, le dijo a la comisaria Occidental de Turno Doce de la Policía, Esperanza Mera de Posso, que su hermana salía del trabajo a las seis y cuarenta y cinco de la tarde para ir a las Piscinas Panamericanas, porque era entrenadora de nado sincronizado de la Selección Valle, e iba regresando a la casa a eso de las ocho y media o nueve de la noche.

«Cuando vimos que no llegaba pensamos que se había ido para cine, pero a eso de las once o doce de la noche, como no llegaba ni se comunicaba, resolvimos llamar por teléfono a las amigas... Ella era sana y no acostumbraba amanecer fuera de casa sin permiso de mi mamá. Como las amigas no daban razón, llamé al Diners y me contestaron que estaban realizando el levantamiento de ocho cadáveres», Jorge Correa suspiró y trató de ahogar su llanto, pero luego prefirió rendirse ante él.

«Pregunté si ella estaba ahí pero me dijeron que no, que estaba herida y que la habían trasladado al Seguro Social, pero fuimos hasta allá y no estaba, nos mandaron al Hospital Departamental y tampoco, cuando llegamos aquí Ligia ya estaba muerta, me dijeron que había fallecido a la una de la mañana, pero que, sin embargo, alcanzó a recibir los santos óleos».

El cuerpo de su hermana estaba sobre una camilla metálica de color verde y sólo tenía un pantalón azul turquí con una correa metálica plateada, se encontraba descalza y con los pechos al aire. Era algo robusta, de cabello lacio negro, tez trigueña, de un metro con setenta de estatura y unos 25 años de edad. En su seno izquierdo tenía cuatro heridas en forma de ojal, una más en la mitad del tórax, y su cabeza exponía el tatuaje de un tiro que había entrado por la cien derecha y salido por el parietal izquierdo. Era la novena víctima que esa noche había perecido en un hecho de sangre demasiado pronto para esclarecer, pero que desde su temprana difusión en los medios había compungido a una sociedad presta a recibir un nuevo día, el 4 de diciembre de 1984.

“Mi mamá se llama Ligia Margarita Vives, viuda de Correa. Ligia Inés, mi hermana, era secretaria de Gerencia de Mercadeo en Diners Club, secretaria bilingüe...”, agregó Jorge.

“¿Tenía documento de identidad?”, le preguntó la funcionaria.

- Sí, pero no sé el número.
- ¿Dónde viven?
- En el barrio Santa Isabel.
- ¿Cuándo nació?
- ¿Ella?
- Sí.
- El 28 de febrero de 1956
- ¿Sabe lo que ocurrió?
- Lo que escuchamos es que entre las seis y ocho de la noche entraron cuatro tipos al Diners y encañonaron a los trabajadores y...en todo caso...hasta los acuchillaron.

Cuando terminó de hablar con el hermano de la joven, Esperanza Mera de Posso ordenó el traslado del cuerpo de Ligia Inés al anfiteatro de Medicina Legal, al sur de la ciudad, para que se le practicara la necropsia. Anexó el formato de acta de levantamiento dirigido al Notario Cuarto del Círculo de Cali y tomó un vehículo junto con su secretario, Hiram Girón Gómez, hacia la morgue. Durante el camino, la radio del carro entregaba diferentes versiones del hecho. Los primeros informes hablaron de nueve muertos y cinco heridos y que entre tres y cuatro hombres habían asesinado a las jóvenes trabajadoras del Diners Club, luego de robarlas y de dejar un letrero escrito en la pared del segundo piso en el que se leía: "Lo sienTo LALO es el Desquite LA proximA ves (sic) DeBes De COLABORAR como IA primeRA vez" .

A media mañana de ese 4 de diciembre un informe redactado en máquina, y que reportaba la muerte de las personas en el Edificio Otero y una más en el Hospital de San Juan de Dios, fue remitido al Capitán de la Sijin Mecal (Grupo de investigación judicial de la Policía Metropolitana o de Cali) por parte de Nelson López Orrego, jefe de patrullas de la Policía, Turno B. Dicho documento dice, parcialmente:

*DEPARTAMENTO DE POLICÍA METROPOLITANA  
SANTIAGO DE CALI  
SIJIN  
Cali, diciembre 4 de 1984*

*ASUNTO: Informe sobre homicidio (nueve)*

*AL: Señor Capitán  
JEFE SIJÍN MECAL  
G/N.*

*Por medio del presente me permito informar ante esa jefatura, que sien-do las 00:20 horas fuimos informados por la Estación cien que nos trasladamos a la Cra-5a No 12-39 oficinas de Diners Club, a fin de confirmar un posible homicidio, al llegar a la dirección antes nombrada pudimos constatar que en el primer piso se encontraban seis (6) cadá-veres y en el segundo piso se encontraban otros dos cadáveres, además tres heridos en el primer piso y tres en el segundo piso, habiendo sido trasladados a diferentes centros asistenciales donde posteriormente falleció uno de los heridos. El Comisario norte, Dr. Alonso Rodríguez, practicó el levantamiento de N.N. sexo femenino de aproximadamente 20 años de edad... presentaba siete heridas, al parecer con arma cortopunzante, localizadas todas a la altura del seno izquierdo, sin más datos. N.N. sexo masculino, vestía uniforme de la empresa de vigilancia privada Wackenhut de Colombia, presentaba varias heridas, al parecer con arma*

*cortopunzante, localizadas a la altura del pectoral lado izquierdo, el cual, posteriormente, fue identificado como Miguel Ángel Bravo, sin más datos. N.N. de sexo femenino de aproximadamente 25 años de edad... presenta impacto al parecer producida con arma de fuego a la altura de occipital sin orificio de salida. Prestó colaboración de práctica de levantamiento de cadáveres la Comisario Inés Borrero, turno uno, quien efectuó los siguientes levantamientos: cadáver de Gloria Blanco Franco, de 24 años de edad, presenta tres heridas al parecer con arma cortopunzante a la altura de la espalda. Marta Liliana Iglesias, de 20 años de edad, soltera, presentaba impacto al parecer producido por arma de fuego a la altura del parietal izquierdo con orificio de salida parietal derecho. Elizabeth Salazar Alzate, de 22 años de edad, C.C. No 31.885.712 de Cali, natural de Cali, presenta impacto producido al parecer con arma de fuego a la altura del occipital, sin orificio de salida. Jorge Túquerres Erazo, C.C. No 2.684.612 de Versalles, Valle, de 44 años de edad, presenta impacto producido al parecer con arma de fuego a la altura del occipital con orificio de salida en la frente. Ligia Inés Correa, de 24 años de edad...sin más datos, la cual falleció en el hospital San Juan de Dios. Las personas que resultaron heridas en el presente caso responden a los nombres de Amparo Navia Moreno, de 26 años de edad, natural de Cali, profesión secretaria, residente en el barrio Los Álamos. Presenta heridas producidas al parecer con arma de fuego a la altura del oído, lado derecho, sin orificio de salida. María del Rocío Cuevas, C.C. No 31.283.650 de Cali, casada, hija de Óscar y Dora, profesión Administración de Empresas, presenta heridas en la parte baja del seno del lado izquierdo y tres en el abdomen, al lado derecho, producidas al parecer con arma cortopunzante. Fabián Antonio Botero Rodríguez, C.C. No 14.932.536 de Cali, de 38 años de edad, residente en el barrio Los Andes, profesión técnico en Sistemas, presenta heridas al parecer con arma cortopunzante localizadas a la altura de la región precordial. Ivan Darío Rojas Soto, C.C. No 6.634.914 de Cali, natural de Cali, de 24 años de edad, hijo de Rut y Jesús, profesión piloto comercial, presenta ocho heridas producidas con arma cortopunzante localizadas en la región precordial. Hugo Aroca, presenta seis heridas producidas con arma cortopunzante a la altura de la región mamaria, de profesión vigilante, empleado de la empresa Wackenhut de Colombia, sin más datos ya que quedó recluido en el hospital Departamental en estado inconsciente...*

Los dos cuerpos sin identificar levantados por Valencia fueron reconocidos en el transcurso de la mañana como Aydee Rodríguez Estupiñán, quien se desempeñaba como Auxiliar de Establecimientos en el primer piso, y de quien se supo en la autopsia, presentaba un embarazo de más o menos diez semanas. Aydee Rodríguez trabajaba junto a su compañera, identificada como Gloria Fernanda Rivera Ríos.

Por petición del procurador Regional de Cali, Edgar López Garzón, y del comandante de la Policía Metropolitana de Cali, coronel Gustavo González Puerto, la directora Seccional de Instrucción Criminal, Myriam Ramos Saavedra, designó para la investigación de los hechos al juez 26 de Instrucción Criminal Ambulante, Marino Rodríguez, quien se trasladó esa misma mañana a las oficinas de Diners Club para practicar la diligencia de inspección judicial decretada.

Cuando llegó dialogó por un momento con el subgerente de Créditos y Cobranzas de la entidad, Luis Álvaro Hernández Ballesteros, y siguió hasta el sitio de atención al público, donde encontró varios charcos de sangre aún sin coagular y los escritorios en completo desorden, luego subió hasta el mesanina y de ahí al segundo piso, donde pudo observar una silla en cuya base reposaba más sangre y el letrero escrito con marcador en la pared.

Rodríguez recogió todas las carteras que encontró sobre los escritorios para allegarlas a la investigación y cuidó que el marcador que había sido utilizado para hacer el escrito no fuera tocado por alguno de los que allí se encontraba. Luego designó al técnico Sigifredo Perafán, de la Policía Metropolitana, para

que practicara la exploración dactiloscópica, pero al intentar firmar la minuta la tinta del lapicero se acabó, lo sacudió un par de veces para hacer bajar la poca que aún quedaba en el cartucho, pero aún así no logró hacerlo funcionar. Miró entonces a su secretario, Jairo Arana, y le arrebató del bolsillo un Kilométrico negro con una tapa roída por mordiscos con el que puso una firma un tanto extravagante, llena de curvas semejantes a una plana de caligrafía. «Cuida los recursos Jairo», le dijo mientras se lo devolvía con una mueca sarcástica pero amistosa. Su día apenas comenzaba.

A poco más de las siete de la mañana, lejos de allí, en el barrio San Luis, James hizo entrar hasta su cuarto a Jaime. Habían dormido acaso unas cuatro horas en la casa de la mamá de ' Frank ', un amigo de cuadra, de donde salieron faltando un cuarto para la seis de la mañana y abordaron un bus Azul Crema ruta uno que los dejó frente a una calle a medio pavimentar, desde donde caminaron sofocados hasta la casa de sus padres.

Ya adentro, James sacó unos fajos de billetes y los tendió sobre su cama. «¿Qué vas a hacer con toda esa plata?», le preguntó Jaime mientras le recibía un revólver calibre 22 de su propiedad.

«Voy a sacar algo para darle a mi mamá. Le voy a ayudar con la cuota inicial de un apartamento». Jaime asintió con la cabeza pero le sugirió que no se la diera todavía, que esperara unos tres o cuatro días y le dijo que también le gustaría acompañarlo hasta Pereira, pero que no podía hacerlo porque primero tenía que comprar unas cosas en el centro. Guardó el revólver en una bolsa, junto a otro fajo de billetes igual al de James, y salió de la casa tras una breve despedida.